

FERNANDO DE ARTACHO

EL CORREO
DE TÁNGER

algaida



Primera edición: 2018

© Fernando de Artacho, 2018

© Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-029-4

Depósito legal: SE. 1380-2018

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mi mujer Teresa
y a mis padres*

ÍNDICE

I	11
II	30
III	51
IV	73
V	95
VI	113
VII	138
VIII	166
IX	188
X	223

I

NO SÉ SI DEBIERA HACERLO, NUNCA FUI MUY DADO A dejar nada por escrito, menos si de mí se trata; quizás sean gajes de mi antiguo oficio. Ahora, a mis años, ya no me importa tanto, no tengo que dar explicaciones a nadie; aunque continúa sin gustarme demasiado la idea. No temo testimoniar cuanto viví, pero sí que algún lapso en la memoria me juegue una mala pasada. He leído que escritores y personas de fama, en sus autobiografías cuentan algunos hechos de manera diferente a la realidad, nos narran su vida de la forma que hubieran deseado que sucediera y no como fue en realidad, y lo peor es que muchos llegan a creer que así fue.

Leí biografías de prohombres muy importantes en la política de nuestro país, hombres tan anónimos como yo cuando les traté, y a los que, con posterioridad, oficialmente nunca llegué a conocer a pesar de haber tenido una estrecha relación con ellos... Parte de sus biografías son el reflejo de la fantasía que cada uno tiene de sí mismo, el yo que nos hubiera gustado haber sido, más de lo que se desea ser que de lo que en realidad se es. En estos casos la veracidad se diluyó en el pasado.

Gracias a Dios, hasta ahora no he tenido ningún percance grave en mi memoria, y voy ya para los ochenta años. Por ello, si decido escribir algunos episodios de mi..., digamos acelerada vida, he de darme prisa. Nadie conoce el tiempo que tiene asignado por el reloj incorpóreo que marca inexorablemente los minutos restantes de nuestra existencia; tampoco sabemos si al día siguiente despertaremos con la misma salud con la que nos acostamos, más a estas edades.

No me empujan a escribir estas memorias la familia y amigos más cercanos, sino algunas personas que fueron testigos, más o menos directos, de cuanto viví y creen que es una historia digna de dar a conocer.

Nunca he sido de los que gustan contar sus historias a hijos o nietos; me horroriza pensar que las califiquen como «batallitas del abuelo», desconociendo el enorme sufrimiento y sacrificio que esas dos palabras, así alegremente pronunciadas, encierran en su interior.

Pienso que si a la propia familia muchas veces se le hace pesado escuchar esas historias, ¿cómo le van a interesar a extraños? ¿Entonces para qué ponerlas por escrito? Quizás la respuesta esté en la que dan algunos antiguos amigos que escriben sus vivencias: para dejar constancia escrita de la historia, de una historia cuyo conocimiento no se le debe negar a nadie, y así, se impiden manipulaciones posteriores, aunque esto no sea una garantía para impedirlo.

Quizás por ello nunca escribiré una autobiografía en el sentido estricto de la palabra, pero sí creo que debo dejar constancia escrita de cuanto viví durante una etapa pasada de mi vida, poco después de terminar la Guerra Civil. Para ello he de remontarme a mis primeros años de juventud, cuando con apenas catorce años ya corría por mis venas el gusto por la política.

Aquellos eran años de gran convulsión social en Sevilla. Aún recuerdo el temor en el rostro de mi madre cuando supo que don Alfonso XIII abandonaba España y se proclamaba la II República. Las quemas de iglesias y conventos terminaron por desquiciarla; mi padre hubo de buscar un médico para que le tratase la angustia vital que se había apoderado de su frágil ánimo.

Insistía a mi padre para que nos fuésemos a Alemania; él, como hijo de alemán, gozaba de doble nacionalidad, pero aquello era del todo imposible, sus negocios le ataban a la tierra que le vio nacer.

Mi abuelo, Otto Reschet, llegó a España a finales del siglo XIX como ingeniero de una potente empresa eléctrica alemana; iba a montar varias centrales y fábricas en Málaga, Cádiz y Sevilla. Pronto se dio cuenta de la oportunidad de negocios fructíferos que le ofrecía el sur de España y se arriesgó a instalarse por su cuenta. Abandonó la empresa para levantar una propia; patentó varios inventos y tuvo fortuna en ello. Sus hijos, entre ellos mi padre, pudieron disfrutar de un alto nivel de vida; los mejores colegios de la ciudad, una gran casa en San Bartolomé, mayordomo y un cuerpo permanente de servicio de diez personas.

Mi abuelo falleció el año veintiséis y su testamento fue el detonante de una desabrida tormenta que terminaría con la unidad familiar. No todos los hijos estaban de acuerdo con el reparto de la herencia realizado por tío Otto, el hijo mayor, designado albacea y partidador contador. Hubo desacuerdos que se tradujeron en pleitos y en la ruptura del clan Reschet, formándose grupos afines de hermanos. Mi padre hizo causa común con tía Alejandra y tío Hanz, quien falleció soltero poco después en accidente de coche.

Los pleitos, abogados y procuradores se comieron una gran parte de la herencia. La empresa del abuelo se vendió, así

como la gran casa de San Bartolomé, fincas, pisos y locales. Mi padre, con su parte de la herencia, pudo comprar una vivienda mucho más modesta en San Isidoro, donde abrió su despacho de abogado, carrera que hasta entonces no había ejercido al ser directivo de la empresa familiar finiquitada. Teníamos un digno pasar sin sufrir necesidad alguna, pero muy alejados del mundo de lujo que hasta entonces habíamos llevado.

La placa en la puerta de casa con la inscripción «Francisco Reche de la Herranz, abogado», siempre refulgía como el oro. Mi padre, bautizado Franz Reschet, españolizó sus nombres y apellido como figuraba en la placa, y no porque le gustase más, sino porque los sevillanos terminaron nombrándole de esa forma, era más fácil para el habla andaluza. Nombre y apellido que heredé, ya modificados, en el Registro Civil.

Las vacas gordas me cogieron muy joven, recuerdo casi en nebulosa la magnífica casa de San Bartolomé, el esplendido servicio y muchos de aquellos grandes muebles y objetos de arte que hubo que saldar, no por ser necesaria su liquidación para unificar los caudales hereditarios, sino porque no cabían en la nueva casa.

Luego vinieron las vacas delgadas y, por último, las más flacas, que no coincidieron con nuestros primeros años en San Isidoro, sino al proclamarse la República. El despacho de papá se resintió con aquella inestabilidad política. Era un monárquico convencido, afiliado a un partido conservador y fue elegido concejal, lo que le granjeó un nutrido número de enemigos. Algunos, poderosos políticos contrarios, boicotearon su bufete, ya bastante maltrecho de clientela por el tiempo que dedicaba a la gestión pública en detrimento de su trabajo. Para colmo, mi madre no levantaba cabeza desde los luctuosos sucesos del treinta y uno.

Mis padres casaron en Sevilla el mes de enero de 1918. Mamá, Eulalia Linberg, también era de origen alemán, pero su

familia llevaba residiendo tres generaciones en España. Se conocían por relaciones familiares, pues mi abuelo paterno y el de mi madre habían sido amigos. Fue un noviazgo corto, ya que se trataban desde niños. El hecho de que los Linberg vivieran en Madrid aceleró el matrimonio, así se evitaban los continuos viajes de papá a la capital, dejando desasistido su puesto de directivo en la empresa familiar.

Mamá no era mujer de fuerte salud, su mente se resintió por el miedo a la inestabilidad social y económica. Mi padre tenía que repartir el tiempo entre la política, su despacho y mi madre; ella le insistía para que nos fuésemos de Sevilla. Cuando mi abuelo materno se enteró del estado anímico de su hija, hizo una proposición a mi padre que no pudo rechazar. Les acogería en Madrid, en un gran piso que tenía junto a la Gran Vía; había buscado un despacho de abogados de gran prestigio para que mi padre entrase desde el principio como socio. Además, si la situación política empeoraba, ellos también tenían doble nacionalidad y la embajada alemana se encontraba en Madrid.

Papá, tras ver cómo se iluminaba el rostro de su esposa con aquella propuesta, no pudo rechazarla. Renunció a su cargo político en el ayuntamiento sevillano y alquiló su despacho a unos amigos de confianza que montaron allí una consulta médica. La parte alta de la casa quedaría libre para sus visitas a la ciudad, donde quedaban algunos intereses y clientes importantes que no deseaba abandonar.

Sólo había un problema, y era yo; el curso del año treinta y cuatro estaba por la mitad, no podía abandonarlo, por lo que decidieron dejarme en Sevilla, en casa de tía Alejandra Reschet. Mis padres y mi hermana María abandonaron la ciudad a principios de febrero de ese año.

Tía Alejandra era una gran mujer, estaba casada con Antonio Ayensa, profesor de inglés en el Colegio Alemán donde

yo estudiaba. Era un hombre bueno, convencido republicano y, como decía mi padre, algo escorado a la izquierda; pero jamás tuvimos problemas por las posturas ideológicas contrarias que ambos cabezas de familia mantenían. Desde los seis años me daba clases de inglés, lo que hizo que con catorce años me convirtiese en uno de los pocos sevillanos trilingües; hablaba el alemán y el inglés como el español.

Tío Antonio me daba plena libertad de acción, más de la que me concedía mi padre, cuyos horarios eran excesivamente rígidos. Creía en la bondad del hombre por naturaleza y por ello no necesitaba ataduras que le impidiesen desenvolverse como le marcaba su conciencia.

Esa libertad de horario y de acción me permitió hacer nuevos amigos, casi todos ellos unos años mayores que yo. A la juventud de entonces tampoco le era ajeno el intenso debate político que se vivía en las calles de nuestra ciudad, aunque ya era más enfrentamiento que debate.

Por mano de aquellos amigos entré en la política, en un nuevo partido que se fundó: la Falange. Pude oír a José Antonio en el Frontón Betis; me lo presentó Jerónimo Pérez de la Rosa, asesinado poco después. Me gustaron aquellas ideas y las hice mías por enteras, comprometiéndome seriamente en la organización de aquel joven partido. Tío Antonio nada sabía de esta militancia política.

Por mi juventud y el aspecto aññado que daban mi cabello rubio, ojos azules, piel clara y rostro barbilampiño, me nombraron enlace entre los mandos y afiliados. ¿Quién iba a sospechar que un niño, que aparentaría unos doce años como mucho, fuera portador de importantes órdenes políticas?

Pronto me comprometí con mayor ahínco en el movimiento falangista. Vendía con mis camaradas la revista *F.E.* y repartía octavillas en el centro de la ciudad, siempre temiendo

que alguien me reconociera y lo dijera a tío Antonio; por ello usaba una grandes gafas de sol que me regaló mi añorado camarada Jerónimo Pérez de la Rosa.

En más de una ocasión hubimos de huir de los asaltos de peligrosos grupos izquierdistas; comenzaron los muertos y, por ello, a mí me dejaron sólo para labores en las que no corría peligro alguno. Sufría cuando me enteraba de los enfrentamientos entre falangistas y facciones comunistas o anarquistas en la universidad o en las calles; deseaba haber estado allí, no por un gusto a la violencia, que nunca tuve y que con el tiempo usé y padecí con demasiada frecuencia, sino por apoyar a mis amigos y camaradas.

Los enfrentamientos y carreras por las calles Sierpes, Tetuán, Avenida, plaza de San Francisco y plaza Nueva eran muy frecuentes, más cuando se acercaba cualquier tipo de elección. Esa violencia se trasladaba a los lugares donde los partidos celebraban sus encuentros y mítines, bien porque vinieran a reventar los nuestros, bien porque éramos nosotros quienes boicoteábamos los suyos.

Los nombres de los camaradas asesinados en Sevilla comenzaban a llenar los telones de fondo en los mítines falangistas, entre ellos muchos de mis mejores amigos.

El 7 de noviembre de 1935, Jerónimo Pérez de la Rosa, con otro falangista amigo, Eduardo Rivas, estaban pegando carteles de la Falange en la calle San Vicente cuando fueron tiroteados por la espalda. Eduardo Rivas, un humilde trabajador, murió al instante; Jerónimo falleció al día siguiente, tenía dieciocho años, era estudiante afiliado al SEU, pero también trabajaba en la Compañía de ferrocarriles Madrid-Zaragoza-Alicante. Aquella muerte me marcó profundamente; me sentía impotente, por mi juventud poco podía hacer; pero decidí ir al entierro de Jerónimo y Eduardo, no sin la fuerte oposición de

mi padre, pues se esperaban graves disturbios que, afortunadamente no tuvieron lugar; el cementerio estaba fuertemente vigilado por guardias de asalto y policías. Todos los camaradas y amigos de los asesinados desfilaron ante los féretros, sin hacer el saludo brazo en alto, pues lo habían prohibido las autoridades. Me atenazaba la garganta un nudo, a duras penas podía contener mis lágrimas, pero estas se desbordaron cuando el padre de Eduardo abrió el féretro y besó la frente de su hijo. Raimundo Fernández Cuesta dijo unas emotivas palabras, al terminar gritó: «Eduardo Rivas y Jerónimo Pérez de la Rosa»; todos contestaron «Presentes» y después se repitieron los gritos de «Arriba España». En todo momento estuve protegido por varios camaradas, pero deseaba irme de allí, llegar a casa y llorar sin que nadie me viese; al salir vi que mi padre me esperaba en un coche, me subí en él y rompí a llorar ocultando mi rostro sobre su pecho.

No pude aguantar más mi inactividad durante esas tensas jornadas y, sin obedecer a mis mandos superiores, comencé a seguir las escuadras de acción que protegían a nuestros propagandistas en las calles sevillanas. Aunque seguía teniendo el aspecto aniñado, a finales del treinta y cinco mi cuerpo comenzó a desarrollarse con la natural corpulencia de los Reschet; pasé de recibir la mayoría de los golpes a repartir más de uno sonado.

Cuando el 18 de julio se levantaron los militares en parte de España, ya era jefe de escuadra; cumpliría mis dieciséis años como voluntario de la Segunda Bandera Expedicionaria de Falange Española. Lo primero que hice fue encargarme de que mi tío, el republicano Antonio Ayensa, marido de tía Alejandra Reschet, no sufriera daño alguno. Permaneció varios días en la sede de Falange, luego un tribunal militar le declaró libre de todo cargo que pudieran imputarle. Nadie se atrevería a infligirle daño alguno por su hombría de bien.

Contar lo que fueron aquellos días previos al Movimiento en Sevilla es tarea que otros muchos han hecho y, salvo algunos autores, muy pocos se acercan con plena honradez a la realidad de lo que yo fui testigo. No soy historiador, ni deseo escribir la crónica de toda esa época; todavía quedan protagonistas vivos e hijos de estos que podrán decir, si no la última palabra, sí la penúltima.

Tampoco es mi intención dar a conocer mis vivencias durante los horribles años que duró la Guerra Civil; eso se quedará para mí y no quiero que mis sufrimientos puedan servir como justificación de nuevos odios para otros. Fui protagonista directo de muchos sucesos en primera línea; presencié desde las acciones más terribles que un ser humano puede perpetrar, hundiendo su alma en la más pestilente ciénaga, hasta las más altruistas y desinteresadas a favor de los demás, aun suponiendo la propia inmolación por salvar al hermano, amigo o compañero.

En aquella guerra perdí buenos amigos en ambos bandos, la amistad y la afinidad política no vienen necesariamente de la mano, más si esa amistad nació en nuestra más tierna infancia. Mi familia pasaba algunas temporadas en un pequeño pueblo de la serranía de Ronda, teníamos pocos años cuando empezamos a hacer amistad con todos los niños de nuestra edad; para jugar no existía distinción de clase, ni ningún otro impedimento. Año tras año forjamos esa amistad, también la tuvimos con sus padres, hermanos y familiares; tras la guerra supe que algunos de ellos habían caído en el bando republicano o fueron fusilados por su participación en revueltas. ¡Era la maldita guerra!, que nos iguala a todos a la hora de morir.

Quizás, el periodo de la contienda que recuerdo con más afecto, si es que se puede aplicar este sentimiento a una guerra cruel, que mucho lo dudo..., por ello debiera decir con más

intensidad...; pues bien, ese periodo fue el de los diez primeros meses de guerra. Sería por el ambiente de compañerismo, la intensidad de los momentos iniciales, mi bautismo de fuego o los grandes hombres que me rodearon, que casi todos murieron; tal vez sea una conjunción de todo ello.

Nunca olvidaré la primera vez que pasaron lista a la escuadra, antes de que la bandera partiera al frente...

—Pedro Montes Meana. —Pasaba lista el alférez Moris, bajo la atente mirada del capitán Lasarte.

—¡Presente!

—Manuel Linares Sartou.

—¡Presente!

—Francisco Reche Linberg.

—¡Presente!

Terminado de pasar la lista, el comandante jefe de la Segunda Bandera, don Miguel Pérez-Blázquez y Garro, se presentó a nosotros; no dio ninguna arenga en aquel momento, como dijo ya habría ocasiones para ello. Se ofreció para resolver las dudas que tuviésemos y los posibles problemas que surgieran; luego dejó que por un teniente terminara de darnos la información y primeras órdenes.

El comandante Pérez-Blázquez tenía un aspecto germánico, gallardo. Su piel era clara, estatura media y cuerpo fornido, cabello rubio claro y abundante, muy ondulado. La mirada profunda de sus ojos celestes era tranquilizadora para un amigo, pero fría cuando tenía que demostrar su autoridad.

Hice amistad con él y llegué a tener cierta confianza, toda la que puede haber entre un soldado subordinado y su jefe, pero llegamos a congeniar. Me nombró su ayudante personal durante el tiempo que duró la campaña. Era un bizarro militar, un africanista que se había distinguido en la Guerra de

África; tenía dos hermanos capitanes en el Ejército Nacional, también ambos curtidos en la contienda africana.

Había nacido en la Sierra de Gredos, Ávila; su venida a Sevilla fue producto de la gallardía militar que demostraba continuamente. Cuando la ley Azaña, a los militares que juraron la monarquía se les dio la elección de pasar a la reserva o prometer la República, ya que no podían jurar de nuevo. Él se negó a retirarse del ejército que era su vida, pero era un monárquico convencido.

En el cuartel de Infantería de Madrid, donde estaba destinado el comandante Pérez-Blázquez, se organizó la solemne ceremonia de promesa de los mandos; los militares debían prometer acatar la República y sus leyes. El comandante lo hizo de la siguiente forma: «Prometo fielmente servir a la República y acatar a sus Reyes». El escándalo recorrió todo el patio de banderas; el ministro presente mandó detenerle. Fue fulminantemente cesado y destinado como disponible forzoso a Sevilla.

Allí su vida dio un gran giro, se enamoró de la ciudad y de una bella y distinguida dama con la que casó. Disfrutaba más de Sevilla y de sus ambientes que muchos sevillanos; sin embargo, su actividad política no cesaba. Intervino en la organización del golpe de Sanjurjo de 1932, pero no fue descubierto y recibió un nuevo destino militar en la ciudad.

Era uno de los tres principales conjurados sevillanos en el levantamiento militar del 18 de julio en nuestra ciudad, junto a los comandantes Álvarez-Rementería y Cuesta Monereo. En su casa se reunían los militares implicados y su esposa hacía de enlace entre los comprometidos. Se distinguió valerosamente en la toma de los barrios los primeros días del alzamiento militar; más tarde, el general Queipo de Llano le nombró Director del Monte de Piedad de Sevilla y Presidente de su Comisión Gestora.

Pero el comandante era un hombre de acción y no llevaba bien estar sentado en un lujoso despacho mientras se libraba una guerra, por lo que pidió ser destinado a las primeras fuerzas militares que salieran camino del frente.

La primera fue la Segunda Bandera Expedicionaria sevillana de Falange de las JONS, que él mismo se encargó de organizar. Aunque el comandante era un convencido monárquico aceptó el mando por ser su hermano Benjamín antiguo falangista y jefe del SEU.

Fue entonces cuando le conocí, también a otros camaradas que marcarían mi vida poco después de terminar la guerra. Pérez-Blázquez no llevaba muy bien algunos usos de los falangistas, su disciplina estricta militar no admitía que le llamaran camarada y ordenó que a él y a los mandos se les tratase estrictamente con el grado militar.

Fueron muchas las conversaciones que pude mantener con él durante largas jornadas de camino y en las noches de campamento. La Segunda Bandera se integraba dentro de la columna de Castejón, que enfiló camino hacia Toledo mientras liberaba pueblos en poder del enemigo.

Pérez-Blázquez era un hombre justo, muy religioso y de gran bondad. Antes de partir al frente salvó a muchos de ser fusilados con falsas e interesadas acusaciones, imponiendo su autoridad a oportunistas que se habían sumado al Movimiento después de haber triunfado, que no fueron pocos, lo que le creó enemigos en la retaguardia.

Un hecho que sorprendió a todos nos dio a conocer su gran talla. En un pueblo cercano a Toledo, una desarrapada mujer atentó contra él; intentó apuñalarle por la espalda, pero el comandante se dio cuenta y se volvió rápidamente, deteniendo la veloz mano asesina de aquella mujer. Le quitó una afilada y bella daga, representaba un bandolero repujado en

oro y plata en su puño, seguramente botín de algún palacio saqueado.

El comandante no dijo nada, la miró fijamente. En ese momento sonó la voz de un teniente que ordenaba detenerla y ser fusilada al momento.

—Alto —ordenó el comandante al teniente, y luego habló a la mujer—. Mujer, ¿tienes hijos?

—Cuatro niños aún pequeños, pero ya no tienen padre, lo mataron en el frente los fascistas...

—Vete a tu casa y cuídalos, y otra vez piensa lo que vas a hacer, no te juegues la vida tontamente; piensa en ellos.

Entre algunos se dejaron oír palabras que discrepaban con aquella decisión; pedían su muerte, pero el comandante les ordenó silencio y poner a salvo a la desdichada mujer. Ella le miró atónita, le tomó la mano e intentó besarla, pero el comandante lo impidió.

Estos eran los hombres que hacían grande al ejército: fieros en el combate pero llenos de piedad fuera de él; lamentablemente no abundaban mucho en ninguno de los bandos contendientes.

Aquella acción fue la habladuría general del campamento durante la noche; muchos la elogiaban y los que parecían estar en desacuerdo nada dijeron. Esa misma madrugada íntimé con un joven falangista de los afiliados a última hora, Luis Carmona, y, sin embargo, ascendido a jefe de escuadra hacía unos días. Sería mi otro gran amigo en la bandera y quien cambiaría el destino de mi vida tras la guerra.

—No sé, Francisco —me dijo Luis—, pero creo que el comandante no ha estado acertado con la decisión sobre la roja que intentó matarle; no es un buen ejemplo para quienes nos estamos jugando la vida... Seguramente su marido habrá matado a gente nuestra.

—¿Por qué dices eso? ¿No crees que con la piedad puede evitarse mucha muerte inútil? —le pregunté.

—No es eso, estamos en guerra; se nos exige lo máximo en el combate, estamos siendo hostigados constantemente por milicianos emboscados en mil lugares diferentes, francotiradores que nos causan bajas... Todo enemigo que se quite de en medio es un enemigo menos a quien temer. ¿Me entiendes? ¿Quién sabe si esa mujer no intentará matar a otro de los nuestros? Yo la habría fusilado.

—¿Tú crees en Dios?

—Claro que sí, ¿por qué lo dices?

—Hablas con demasiada facilidad de dar muerte a la gente, eso no está bien, lo sabes.

—No digas tonterías, Francisco; insisto, no olvides que estamos en guerra, una guerra contra los enemigos de Dios y de la patria. ¿Ya no te acuerdas de lo que han hecho con nuestras iglesias y hermandades?, ¿o de los curas y monjas asesinados?

—No lo puedo olvidar, es uno de los motivos por los que estoy aquí; pero las guerras se dirimen en el campo de batalla, y no por salvar la vida a una madre enajenada mentalmente se va a perder ni ganar nada; te aseguro que esa mujer no intentará nada de nuevo.

—No creas que soy un sanguinario, nada más lejos de ello, ojalá no corriera una gota más de sangre; pero considero que es indispensable en una guerra el principio de autoridad... Si el capitán salva la vida a una asesina y la deja en libertad, ¿con qué autoridad podrá sancionar las acciones de sus hombres que se salten la disciplina?

—Pues con la autoridad de su rango, el conocimiento de causa y la gran experiencia que le da el haber sido un veterano militar en África. Te aseguro que sabe muy bien lo que se hace.

Tras la toma de Toledo y la liberación del Alcázar, la columna se dirigió a Madrid; estaría unas semanas en Villanueva de la Cañada, junto a Brunete, donde se libró una de las más terribles batallas de la guerra. A la Segunda Bandera se le dio orden de hacer frente a las Brigadas Internacionales, intentar pararlas unas horas hasta que llegaran nuevas tropas que reforzaran el frente en las cercanías de Brunete.

Nuestra bandera la integraban unos 650 hombres; la única artillería con la que contábamos eran dos piezas del 10,5 y otras dos de antitanques. La mayoría de nosotros éramos muy jóvenes, casi todos novatos, experimentados había pocos hombres.

El comandante nos llamó a varios jóvenes falangistas, ninguno habíamos cumplido los diecisiete años, sabía que la bandera sufriría casi su exterminio total ante el poderoso enemigo que iba a atacar en breve. Nos ordenó a todos partir hacia otro destino más seguro, todos supimos el porqué. Yo le rogué quedarme con él insistentemente, sólo así lo conseguí; los demás pasaron a la retaguardia.

El fuego enemigo sobre Villanueva de la Cañada comenzó a las cuatro y cuarto; poco después observamos cómo se desplazaban grandes contingentes de Infantería enemiga hacia nuestras posiciones, desde las alturas al norte del pueblo; otras fuerzas rojas, por el flanco izquierdo, iban dirección a Brunete. El fuego de Artillería fue violentísimo en todo momento, recrudeciéndose a medida que avanzaba el día.

No teníamos demasiadas municiones, debíamos usarlas con mucho cuidado, sin desperdiciarlas. Por ello, el enemigo pudo aproximarse a unos doscientos metros de las trincheras que ocupábamos sin recibir contestación alguna de nuestra parte. Pero cuando estuvieron más cerca el comandante dio orden de disparar, abriéndose un violentísimo fuego que cau-

só muy numerosas bajas al enemigo, fue rechazado y hubo de replegarse.

La siguiente acometida sería de gran envergadura; atacaron con suma violencia apoyados por cuarenta y dos tanques; pero volvieron a ser rechazados por los sevillanos, quedando próximos a las trincheras cinco tanques envueltos en llamas. El comandante y los alféreces falangistas se distinguieron heroicamente en los ataques, defendiéndose a cuerpo descubierto contra los tanques de las Brigadas Internacionales.

De nuevo se reanudó el asalto a nuestras posiciones; el enemigo consiguió traspasar las trincheras y llevar el combate al interior del pueblo, pero fueron rechazados por tercera vez, perdiendo otros cinco tanques, inutilizados a pie de las trincheras.

El enemigo se retiró hasta una distancia de sesenta o setenta metros de nuestra posición. Desde allí abrieron un virulento fuego de cañones y ametralladoras que duró más de dos horas. Pero la moral de los combatientes de la Segunda Bandera aumentaba por momentos, más cuando el comandante Pérez-Blázquez pasaba de una a otra trinchera con grave riesgo de su vida; animaba a los muchachos que lo recibían y despedían con el grito ¡Arriba España!, cantando nuestro himno con encendido entusiasmo. Momentos después vi cómo el comandante caía herido, serían aproximadamente las ocho horas, su comportamiento fue heroico y ejemplar para toda la bandera. Entre las trincheras corrió la noticia de que el comandante había muerto heroicamente; se hizo cargo de la comandancia un capitán de Artillería, el cual mandó un enlace a Brunete pidiendo refuerzos y municiones.

Dos tenientes, un sargento y yo recogimos el cuerpo de Pérez-Blázquez y lo ocultamos bajo el altar de la parroquia. La iglesia sería bombardeada y destruida, no pudiendo rescatar sus restos hasta algunos meses después.

La bandera tuvo que soportar durante horas fieros ataques que fueron rechazados, pero la situación no pudo sostenerse mucho más. El enemigo con numerosas fuerzas asaltó la posición por el Norte. Se les pudo contener hasta que se consumieron las municiones y escasas bombas de mano que había.

Los sevillanos murieron en sus puestos dando grandes pruebas de valor y espíritu militar, sobre todo a esos extranjeros que llegaron con las Brigadas Internacionales, quienes asaltaron varias veces nuestras posiciones. Tras entrar el enemigo en el pueblo, la bandera no se rindió, recibiendo la orden superior de retirarse los pocos supervivientes.

Aquello fue toda una gesta militar, se superó con creces en cuanto se le mandó al comandante Pérez-Blázquez y a la Segunda Bandera sevillana. Se le había ordenado que resistiera el ataque de las Brigadas Internacionales tan sólo unas horas, pues el alto mando era consciente de que el enemigo era infinitamente superior en armas y hombres. Pero la resistencia fue tal, que el mando quedó sorprendido por el tiempo que lograron detener la avanzada de los brigadistas; un tiempo valiosísimo para reorganizar las tropas nacionales en el frente.

Con sólo dos antitanques destruimos diez al enemigo y dejamos inutilizados un buen número de ellos. Fui testigo presencial de cómo el comandante, con varios hombres, introducían mantas entre las cadenas de los tanques para atrancarlos e impedir su marcha, ya que no quedaba munición y los atacaban con botellas de gasolinas encendidas.

La ciudad de Sevilla en pleno y sus periódicos pidieron la Gran Cruz Laureada de San Fernando para el comandante Pérez-Blázquez. Nadie podía pensar que la negaran, pues se dedicaron calles, parques y monumentos a su nombre en Sevilla, Ávila y Villanueva. Sin embargo, la envidia, la malicia y la putre-

facta política hicieron que su expediente para la Cruz Laureada fuera olvidado intencionadamente por gente sin ningún mérito para opinar sobre el mismo; los mismos que él había denunciado como oportunistas y encubiertos en retaguardia.

En mis noches de conversación con el comandante aprendí mucho de él; tampoco faltaron momentos en los que sinceraba sus angustias conmigo. Recuerdo cuando me contó apesadumbrado que había visto cómo un joven alférez de otra bandera se autolesionaba de un disparo en la pierna para no asaltar las peligrosas barricadas de un pueblo cercano a Sevilla. Era un hombre de familia muy influyente y al poco llegó noticia de que le habían concedido la Medalla Militar individual, por su «heroico comportamiento» y la herida sufrida en aquel asalto. Esto llenó de indignación al comandante, pero no quería denunciarle, aquella cobarde acción le hubiera puesto delante de un pelotón de fusilamiento; esperaba regresar a Sevilla y hacer que revocaran esa inmerecida condecoración, pero sin decir el motivo exacto, sin embargo no vivió para ello; ese cobarde llegaría a teniente general. Recuerdo la expresión de su cara años después, cuando siendo ambos coroneles, le dije en el Círculo de Labradores que sabía lo de su autolesión en el frente... Pero bueno, mejor olvidar esas cosas.

Pues bien, fueron hombres como ese cobarde, hombres sin escrúpulos, llenos de aspiraciones políticas espurias, los que negaron la merecida Laureada a mi comandante.

Había sido un héroe y cumplido su misión más allá de lo exigible, hasta el punto de que, cuando le dimos sepultura en la iglesia, encontramos en su cartera el documento que le daba una licencia temporal de tres semanas antes de aquel combate; se negó a tomar ese descanso por no abandonar a sus hombres. Dejó a una joven viuda y dos hijas, una de trece meses y otra de dos.

Con el tiempo frecuenté la amistad del hermano del comandante y de su viuda. Años después les hice ver que se podría reclamar de nuevo aquella Laureada tan injustamente negada; existían varias reclamaciones en ese sentido, militares que fueron condecorados tras algunos años de intensas alegaciones. El hermano del comandante era entonces gobernador y jefe provincial del Movimiento de una importante ciudad, y su cuñado general de división. Pero la viuda, con gran dignidad se opuso, alegó que no deseaba conseguir en los fríos despachos y tribunales lo que negaron a su esposo años atrás y había ganado por méritos propios en el campo de batalla. Todo un ejemplo de dignidad.

Mucho después, por la privilegiada información que poseía, supe el verdadero motivo de aquella injusta decisión: varios políticos y militares, opuestos a la Falange, se habían negado a que el comandante en jefe de una de sus banderas recibiera tan alta condecoración. Lo peor es que silenciaron a muchos de sus camaradas, pero ninguno de los de primera hora.

Ahí estaban las dos posturas que antes comenté: la del militar valiente, con pundonor y magnánimo, que engrandece al ejército con sus acciones, y la del ladino que, en su cobarde oscuridad, mueve hilos para negar a otros lo que ganaron con valor y ellos fueron incapaces de lograr por su oculta cobardía.

La guerra continuó y estuve todo el tiempo en primera línea, pero como digo, no deseo hablar más de ella, hay otros que lo harán mejor que yo.

La contienda civil había partido mis estudios, pero la carrera militar me atraía y decidí seguirla con los cursos para alféreces provisionales al término de la contienda. Más tarde pasé a la Academia Militar, fue allí donde comenzó la etapa de mi vida que sí creo que debo dejar por escrito para la posteridad.